

PAPIRO

Día 23

¡Behka!

Valle de los Reyes – Egipto.

Los excavadores se detuvieron al descubrir un sarcófago y una serie de objetos de cerámica: vasijas, tazas y cuencos con más de tres mil cuatrocientos años de antigüedad. Aún faltaban veinte metros para llegar al lugar descrito en el papiro. Aquello los hizo dudar de que se tratara de la entrada a la cámara, por lo que llamaron a Abdul, quien, con toda la velocidad que sus cortas piernas le permitían, fue corriendo a dar la noticia:

—Doctor, doctor, llegamos.

Nafir, aún ensimismado, no lo escuchó. Abdul repitió la buena nueva:

—Creo que es la cámara.

Nafir volteó con el ceño fruncido.

—¿Estás seguro?

La sonrisa de Abdul se desdibujó. Todo su esfuerzo y el del equipo no merecían un recibimiento tan frío. Pero Nafir aún tenía la mente en otra parte: la herida emocional provocada por su hija le impedía ver lo que tenía frente a él.

Abdul regresó y se reunió con los trabajadores, quienes empezaron a analizar lo encontrado, mientras Nafir seguía revisando las notas que escribió al leer los fragmentos del papiro. Había algunas cosas que no comprendía. Una de ellas, transliterada, decía:

«Así que procedí a duplicar el papiro y lo guardé a la vista de todos».

Aunque no le había dado importancia, ahora le taladraba la cabeza. No lograba entender la última parte: “A la vista de todos”. Desconocía si esta frase era una especie de modismo en los jeroglíficos o si debía traducir la frase literalmente.

Otra de las dudas que tenía, estaba en el fragmento:

«Escribí dos versiones del mismo papiro. Una versión con lo esperado y la otra la combiné con un nombre secreto para que no pudieran leerla».

—¿Un nombre secreto? —murmuró Nafir, como si le preguntara a Sermy de qué se trataba esto. Se rascó la cabeza varias veces. Aun si llegaban a la cámara, no podría leer lo escrito sin ese nombre.

Mientras daba vueltas en el reducido espacio de la capilla y reflexionaba sobre cómo resolver estas dudas, uno de los trabajadores se acercó a él y, en voz baja, le dijo:

—Dr. Taruf. Lo buscan en la entrada.

Al imaginar que Amy había regresado, su corazón dio un brinco. Se volvió con una gran sonrisa, ansioso por verla.

Mary se alegró al verlo y le dijo a su hijo:

—¿Ya ves cuánto te quiere? Te vio y sonrió de gusto.

Nafir no podía creerlo. Esta era una sorpresa inesperada que le producía emociones encontradas. Se alegró de que su hijo estuviera bien, pero, “¿Mary?” “¿A qué vino?”, pensaba al caminar hacia ellos, tratando de serenarse y encontrar las palabras para recibirlos.

Su hijo no se esperó a que llegara y, lleno de emoción, corrió hacia él. La sonrisa de su padre le había devuelto la confianza. Lo abrazó y le dijo:

—Papá, papá.

Nafir, sin decir nada, también lo abrazó, gustoso de verlo saludable.

Mary se aproximó a ellos y dijo:

—Le prometí que estaríamos juntos en su cumpleaños —hizo una pausa para ver su reacción, y agregó—: Y aquí estamos.

La confusión de Nafir era evidente y, tratando de sobreponerse, le dijo a su hijo:

—Sí, tu cumpleaños. Lo pasaremos juntos —y después sacó su pañuelo para secarse el rostro y los invitó a seguirlo—: Pasen, pasen para que conozcan el interior de la tumba.

Al llegar a la capilla, Mary exclamó:

—¡Qué belleza!

La decoración de las paredes, llenas de jeroglíficos y escenas religiosas en bajorrelieve, lucían como nunca. Parecía que esperaban visita, ya que la reciente restauración les había devuelto su hermosura original. A su hijo le llamó la atención el par de Ojos de Horus y se impactó al sentir que lo seguían con la mirada cuando recorría con su mano los jeroglíficos

en relieve y, como un ciego leyendo en Braille, palpaba con las yemas de sus dedos los bordes y huecos de la escritura. Se emocionó y se sintió muy orgulloso del trabajo de su padre, quien quería explicarles todo, aunque era imposible y solo les dijo:

—Esta es la capilla de la tumba de Sermý.

Su hijo preguntó:

—¿Y dónde está la momia?

Nafir sonrió y bromeando le contestó:

—Sigue ocultándose de nosotros.

Poco después de una hora de admirar los grabados de las paredes, Mary y su hijo se despidieron y regresaron al hotel. La emoción embargaba a Max. La forma en que su padre lo recibió se le quedó grabada.

Aún conmovido por el encuentro, Nafir apenas retomaba sus apuntes cuando Abdul se aproximó y, desilusionado, le dijo:

—Malas noticias. No es la cámara sepulcral. El sarcófago pertenece a un perro.

—¿Un perro? —dudó Nafir, pero enseguida exclamó—: ¡Behka!

Poco después, los excavadores desenterraron con sumo cuidado el sarcófago con forma de caja y lo limpiaron. A pesar de sus 3400 años, aún estaba completo y pudieron observar adornos con escenas de caza en dos de sus lados y, en la tapa, la escultura de un perro echado. Lo abrieron y encontraron un ataúd de madera con una momia adentro que identificaron como un Saluki, el galgo preferido por los faraones.

—Ahora ya sé por qué Sermý lo quería tanto —dijo Abdul, acariciándose el bigote.

Los demás se extrañaron con el comentario y voltearon a verlo, como interrogándolo.

—Es el más rápido del mundo —agregó a modo de aclaración y algunos se acercaron para escuchar la historia, pero se dispersaron cuando Nafir, quien no quería perder tiempo, los apuró, diciendo—: Sigamos adelante.

El ánimo parecía haber regresado a su cuerpo. Motivado con la visita de su hijo, su renovado entusiasmo le inyectó algo de energía, a pesar de que la fiebre iba y venía y le exigía descansar a cada rato. Aunque sus dolores se acentuaban, estaba dispuesto a soportarlo todo con tal de llegar a la cámara sepulcral.

Faltaban sólo diez metros, según el papiro, y la emoción crecía conforme avanzaban. Volvió a tomar su cuadernillo; no quería pasar nada por alto, pero por más que leía, aún no encontraba el *nombre secreto* y esto le preocupaba.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

El sudor bañaba el rostro de Abdul. Se limpió la frente y dejó a un lado el zapapico antes de contestar.

—No hemos encontrado nada más. Lo único raro es que el pasadizo está lleno de pedazos de cerámica.

Nafir estaba agotado y aún no lograba resolver sus dudas. El tiempo, implacable, se había convertido en su peor enemigo. Faltaba poco para que se cumpliera un mes desde el descubrimiento de la tumba, y hasta ahora solo había identificado uno de los venenos: el antimonio, así como la forma en que debían mezclarse usando las seis fracciones del Ojo de Horus: $1/2$, $1/4$, $1/8$, $1/16$, $1/32$ y $1/64$. Entonces recordó la nota enviada por Sofía:

«El Ojo de Horus lo ve todo. Si lo fraccionas y luego lo reúnes, revelará el secreto para aliviar tus males... pero siempre faltará una parte del todo».

Se lamentó de no comprender su significado. Aquella ambigüedad lo afligía. Era poco lo que había logrado, y ya no le quedaba tiempo para intentar algo diferente. Todo dependía ahora de lo que hallara al final del pasadizo.

Estaba por rendirse, pero al pensar en sus hijos, sacó fuerzas desde la desesperanza y siguió caminando. A pesar del dolor que le causaba arrastrar la pierna, se esforzaba por no perder el ritmo de Abdul, quien avanzaba a golpe de zapapico, repitiendo con determinación:

—Tengan fe.

La Iniciación

Alejandro – Egipto.

La fragancia del incienso de mirra y el dulce aroma de las flores de loto inundaban una de las cámaras de la tumba en la necrópolis de Anfushi. Sofía cerró la entrada y comenzó el rito de purificación previo a la iniciación.

Con cada oración leída del Sagrado Libro de Horus, arrojaba pequeñas esferas de resina en el cuenco de carbón encendido del incensario, con forma de brazo humano que parecía otorgarle la bendición. Cada esfera, impregnada de un incienso distinto, se encendía según el dios invocado. La música del sistro acompañaba el ritual, y las figuras de Osiris, Isis y Hathor no solo decoraban las paredes: habitaban el templo, convertidas en presencia viva.

Sofía se desnudó —dejando caer a su lado la túnica de tisú, seda entretejida con hilos de oro y plata, usada durante la recitación— y se purificó con un baño ritual, orando mientras el aroma del jazmín sustituía al de la mirra. Luego, se ungió con aceite lo más caliente que pudo resistir, ofreciendo su dolor como sacrificio de fidelidad y obediencia. Era la parte más difícil: solo quienes superaban esa prueba eran dignas del llamado.

Cruzó los brazos formando una equis sobre su pecho y permaneció inmóvil, con los dedos tocando los hombros. Sus labios chascaban suavemente. El silencio se quebró con el sonido de unas pisadas. Atemorizada, pensó en cancelar la ceremonia, pero, firme en su fe, pronunció en voz alta cada alabanza para que su diosa la escuchara. El aceite quemaba su piel, y sus lágrimas se confundían con el sudor que empapaba la sábana blanca que la cubría, símbolo del capullo que estaba por abrirse.

Terminó de orar. Se quitó la sábana y permaneció de pie, inmóvil, hasta secarse. Luego se vistió, se colocó la peluca de sacerdotisa y, sabiendo que ya era pura, exclamó:

—¡Gracias, Hathor!

Las pisadas se oyeron de nuevo, más cerca, y una voz anunció:
—Es la última tumba.

Temblando, oró en silencio, dando gracias por el sacrificio que le había permitido mudar su alma mundana y pecadora por una más elevada, dedicada al servicio. La iniciación se había consumado. A partir de ese momento, debía llevar la doctrina y la palabra de su diosa a todos los rincones del mundo, incluso a costa de su vida.

Recogió los Sagrados Escritos de Horus, los guardó en una bolsa y salió apresurada. No podía quedarse los tres días requeridos por la ceremonia. Debía regresar a Luxor de inmediato y pedirle a Daryl que la acompañara a Nueva York.

Tenía que partir cuanto antes. Debía seguir burlando a sus enemigos. Burn no podía desbaratar sus planes.

A pesar de su urgencia, antes de salir, Sofía se detuvo frente al umbral. Tomó una flor de loto del altar y la colocó en el suelo, justo sobre la piedra aún tibia donde había orado.

La flor quedó allí, abierta, solitaria, palpitando en silencio entre el incienso y el eco de sus pasos.

Sin volverse, cruzó el umbral.

Ya no era la misma.

Hermanos

Luxor – Egipto.

Aún no era la hora de la comida y Amy ya se encontraba sentada en una de las mesas centrales del restaurante, aguardando a Daryl, quien en ese preciso instante ingresaba al complejo de Karnak en busca del templo de Jonsu para resguardar las sagradas escrituras de Horus.

Amy había decidido esperarlo durante el resto del día. Necesitaba entregarle el papiro cuanto antes. La voz de Mary la sacó de sus cavilaciones:

—¿Estás contento? —le preguntó a su hijo mientras entraban.

Él no respondió. Su mirada se perdía en la bella mujer que, sentada en el centro del restaurante, lucía un vestido color champán, escotado y sin mangas, ensalzando su figura y contrastando con su collar de perlas. Se acercó a ella y, en un impulso, le dijo:

—¿Puedo acompañarte?

Su madre siguió de largo sin percatarse de lo que ocurría, pero volteó y, al ver a su hijo junto a la joven, dijo:

—Estaré en la fuente.

Él esperó sin decir nada, únicamente deseaba escuchar un "sí" de la mujer que lo había cautivado desde que la vio. Amy se desconcertó por un momento, pero al ver los grandes ojos cafés del joven Nafir, contestó:

—Como gustes.

Para él, esto fue un sí lleno de promesas y dulces posibilidades, por lo que continuó la charla y preguntó:

—¿Eres modelo?

Amy intentó mantenerse seria, pero no pudo; sonrió y le preguntó:

—¿Por qué?

El joven Nafir seguía embelesado y esto se traducía en torpeza cada vez que preguntaba o decía algo.

—Te ves diferente —contestó.

Amy ya no aguantó y soltó una carcajada; se cubrió la boca y, tratando de serenarse, preguntó:

—¿Diferente?

Aunque la hacía reír, él no hablaba en broma; su sinceridad rayaba en la ingenuidad, y dijo:
—Digamos... sofisticada... madura.

En ese instante, Amy se percató del efecto que, con su cuidadoso atuendo y la selección de su perfume, había causado en él. Había logrado lo que quería, aunque no en el hombre a quien iba dirigido su esfuerzo. No obstante, se sintió halagada y comenzó a interesarse en él, que no quitaba sus ojos de ella y le preguntaba:
—¿Aceptas un cóctel?

Ella lo miró fijamente, pero no le agradó la idea. Tratando de no ser descortés, le dijo:
—Disculpa, estoy esperando a alguien.

Él parecía no entender y siguió insistiendo:
—¿O prefieres dar un paseo?

Amy se sintió incómoda y le habló directamente:
—Prefiero estar sola.

Él se dio cuenta de su falta de tacto y quiso enmendar el error. Extendió la mano para presentarse y dijo:
—A propósito, me llamo Max Nafir.

Ella ya había perdido el interés e iba a cortarlo, pero cuando vio que Daryl entró al restaurante, cambió de parecer. Esta era una excelente oportunidad para darle celos, y no iba a desaprovecharla. Estrechó la mano de Max y, en voz alta, dijo:
—Yo soy Amy.

Daryl los vio, se acercó a ellos y, admirado, exclamó:
—¡Qué bien te ves!

Ella volvió a sonreír y lo presentó:
—Él es Nafir.

Daryl trató de disimular su asombro, pero sus ojos lo traicionaron al preguntarle:
—¿El Dr. Taruf es tu padre?

—Sí, pero llámame Max, solo mi madre me llama Nafir —contestó él.

Ahora la sorprendida fue Amy. Aunque lo había supuesto, no se imaginó que realmente fuera cierto y se sintió incómoda al saber que había estado flirteando con el hijo de su mentor. Eso cambió su motivación y, dirigiéndose a Daryl, le preguntó:
—¿Podemos tratar nuestro asunto?

Max entendió la indirecta y, lentamente, se levantó de la silla y dijo:
—Fue un placer.

Acto seguido, se retiró.

Amy observó que Daryl seguía con la mirada a Max, y no esperó más. Tomó el cofre, lo colocó sobre la mesa y dijo:
—Es el papiro.

Daryl volteó a verla y afirmó:
—Sí. Charles me pidió recogerlo.

Ella ya no se contuvo y le exigió:
—¡Suelten a mi padre!

Al escucharla, Daryl se irguió ligeramente, fingiendo desconcierto, y con voz medida preguntó:
—¿Está preso?

Ella no contestó, se esperó un momento y, sin despedirse de él, se levantó y se retiró. No quería discutir los detalles del secuestro ni saber cuán involucrado estaba Daryl. Prefería recordarlo como amigo y esperar a que Charles cumpliera el trato. A pesar de la zozobra que sentía, la respuesta que su nuevo atuendo provocó en ambos la reconfortaba. Ya no temía estar sola.

—Y, ¿por qué no? —murmuró al recordar los grandes ojos cafés y la torpeza del despreocupado Max—. ¿Un cóctel? —se dijo, y su rostro se iluminó con una sonrisa, desvaneciendo el rictus que la ensombrecía cada vez que se enfrentaba a una adversidad.

Daryl continuó sentado y, mientras veía a Amy alejarse, reconoció que sin su ayuda hubiera tardado más en lograr su objetivo. Recordó lo que se dijo a sí mismo, dos semanas antes, como una promesa y un deseo, y que ahora se cumplía:

—Las cosas están tomando otra dirección, pero con ella a mi lado podré controlar los acontecimientos.

Abrió el cofre para cerciorarse del contenido, deslizando entre sus dedos varios de los fragmentos. Los guardó y abrió la bolsa para ver de reojo los Sagrados Escritos de Horus. Enseguida, con un gesto de triunfo en su cara, se felicitó diciendo:
—Lo logré.

Se dirigió a la recepción del hotel para enviar dos telegramas urgentes. Uno a Charles:
«Tengo el papiro: Suéltelo»

Y el otro a Malenty:

«Tengo el papiro. Mi cuenta de depósito es 8822331»

Enseguida se registró, necesitaba esperar a que Sofía llegara.

Con la fortuna y la mansión en la playa que recibiría a cambio del papiro, ya no se preocuparía por nada el resto de su vida, incluso después de darle a Charles su parte.

Amy, por su parte, se alejó del restaurante, sin sospechar la importancia del encuentro que acababa de ocurrir. Todavía preocupada por su padre, no pudo evitar pensar en Max y en la inocencia y dulzura que había visto en sus ojos.

Daryl aguardaba en su habitación la llegada de Sofía, mientras repasaba en su mente los pasos a seguir. Pronto tendría en sus manos una fortuna, pero también sabía que Charles era un hombre peligroso y que no podía confiar en él.

Aunque debía estar alerta, esa noche Daryl durmió profundamente.

Ahora era el poseedor del Sermi y de los Sagrados Escritos de Horus.

Su astucia había prevalecido sobre la fe de Sofía y la ciencia de Nafir.

Fernando Perales